Unico e irrepetible

En 1960 el mundo de la cultura celebra el primer centenario del nacimiento del gran compositor y gran pianista español Isaac Albéniz. Con tal motivo el entonces embajador de España en París celebra un acto en su memoria, en el que participan tres personalidades con un rasgo común: su generosidad y su amor a la música.

Abre con unas palabras el Infante Don José Eugenio de Baviera –siempre melómano de verdad–; después, Marguerite Long habla de sus recuerdos y se enorgullece, con toda razón, de la dedicatoria de Navarra, última obra de Albéniz; y, por fin, Arturo Rubinstein, el gran Arturo Rubinstein, llega al piano y, con un garbo digno de un hijo de Triana, nos entusiasmó interpretando varias de las obras de Iberia. Antes se dirigió a los presentes y advirtió por si había profesionales, que él hacía ciertos arreglillos, «pero... van a ver ustedes ¡qué bien suenan!»

Rubinstein llega a España en 1915, si bien recuerdo, y en San Sebastián conoce a un país que amará siempre y cuya lengua hablará perfectamente. En 1916 lo presenta la Filarmónica de Valencia en una sustitución a un artista enfermo, anunciando a sus socios que escucharán a Arturo Rubinstein, joven artista polaco del que tenemos las mejores referencias...

Su éxito en España es inmediato y la recorre incansablemente. En 1919 Manuel de Falla le dedicó su obra más importante para piano: la Fantasía bética, que Rubinstein estrena en Nueva York, y desde entonces los más grandes compositores del siglo XX le han hecho destinatario de alguna de sus obras: Igor Stravinsky (la versión pianística de Petrouchka), Poulenc, Villa-Lobos, Lutolawski, Rodolfo Halffter, etcétera, demostrando así su admiración hacia uno de los mayores intérpretes del siglo XX.

De España y de la mano de su empresario Ernesto de Quesada, salta hacia Iberoamérica, donde siguen los triunfos que luego le llevarán a Estados Unidos y ya a una carrera excepcional e ininterrumpida que cubrirá tres cuartas partes de nuestro siglo.

Yo creo que la personalidad del pianista siempre se «oye» a través de su música. La suya, tremendamente atractiva, su generosidad, su sentido del humor, tantas veces sufrimiento sublimado, su gran cultura, enriquecieron sus interpretaciones, que, a través de una gran técnica, estaban siempre al servicio de un ideal musical, y creo que esto es su legado artístico más importante en un mundo que se tecnifica cada vez más.

Yo tengo todavía en los oídos del recuerdo sus conciertos de Brahms, profundos y mirando hacia dentro, el sonido cálido y directo de su Chopin único, donde ternura y pasión se dan la mano dentro de un estilo sobrio y elegante siempre inherente al genial polaco; su Liszt brillante o nuestra música con tanta gracia, que cuesta pensar que Arturo Rubinstein no tenía sangre española...

En 1985 tuve el honor de asistir como miembro del Jurado al Concurso Internacional de Tel-Aviv, que se celebra en su memoria. Rubinstein amaba a Israel y durante toda su vida dio conciertos gratis destinando los fondos a pensiones para músicos. Israel le devuelve ese cariño a través del concurso en el que se trata de encontrar a un nuevo Rubinstein. Tarea vana, porque en el mundo del arte nada se repite y si en los grandes concursos internacionales –Moscú, Paloma O'Shea, Reina Isabel, etcétera– aparecen grandes artistas, y para eso sirven, Artur Rubinstein seguirá siendo único dentro del piano de nuestro siglo.

Joaquín SORIANO